

**Él desafora / él desafuera**

La segunda acepción de *desaforar*, según el Diccionario académico es la de “privar a alguien del fuero o exención que goza, por haber cometido algún delito de los señalados para este caso”. No se señala en ese artículo nada al respecto de su morfología, de la manera como debe

conjugarse. En cambio, María Moliner, en su *Diccionario de uso del español*, que lo define simplemente como “privar a alguien de sus fueros”, aclara que debe conjugarse como el verbo *contar*. Por tanto, en su opinión, si se dice *él cuenta*, debemos asimismo decir *él desafuera*. En el Corpus de referencia del español actual hay tres casos de *desafuera* y ninguno de

*desafora*. En el Corpus diacrónico del español hay nueve casos de *desafuera* (curiosamente todos del siglo XIV) y sólo uno (del siglo XV) de *desafora*. Creo que debemos hacer caso a doña María Moliner y conjugar el verbo *desaforar* como se conjuga *contar*: *desafuero, desafueras, desafuera, desafueros, desafueran, etcétera*.

**Estante****Antonio Lliteras**

Investigador asociado de la Fundación Este País

**Misterioso**

Philippe Sollers, el autor que escandalizara a las conciencias francesas con su texto sobre *Casanova*, provoca y seduce a los lectores latinoamericanos con su erudita y ágil nota biográfica sobre el *enfant terrible* de la música clásica, W. A. Mozart. El texto casi vertiginoso, revisa la influencia de Mozart en la vida moderna y elabora el argumento de su influencia en el pensamiento filosófico moderno. Es también una guía para el trabajo operístico de Mozart. Las fuentes incluyen una discografía esencial para revalorar al músico cuya prematura muerte busca explicar Sollers. *Dove sono i bei momenti didolcezza e di placer*, se pregunta la Condesa en “Las Bodas de Fígaro”. *Misterioso Mozart* tiene algunas respuestas. Philippe Sollers, *Misterioso Mozart*, FCE, Buenos Aires, 2003.

**In Memoriam, profesor Careaga**

Gabriel Careaga, maestro irritante incluso para el alumno más avezado, abandona su pluma inteligente y ácida, junto con sus paseos por el Parque México y sus visitas a los teatros neoyorquinos. Lo hace, como hace más de treinta años, preguntándose por un mito, el que ha nutrido desde los sesenta la llamada utopía cubana. Careaga repite la fórmula que lo convirtió en ensayista y articulista de fama al publicar un ensayo sobre las clases medias mexicanas. Si *Mito y fantasías de la clase media en México* es la contraparte analítica de las novelas de Gustavo Sainz o José Agustín, *Cuba: El fin de una utopía* es un recuento educado y sistemático que completa la ya larga lista de biografías del *Che* y las poco convincentes explicaciones para “bajarle el nivel” a las relaciones diplomáticas entre México y Cuba. Cuando su libro sobre Cuba llegaba apenas a las librerías, Careaga falleció en la ciudad de México. Su obra se mantuvo fiel a las preocupaciones de una generación de escritores y periodistas por las preguntas de la naciente urbanización mexicana: la ciudad, los jóvenes, los intelectuales, el poder. Concedor y crítico de la historia de México, observador de la ciudad y sus contradicciones, auténtico profesor universitario, Careaga fue un genuino intelectual: agudo, irreverente, cáustico.

Gabriel Careaga, *Cuba, El fin de una utopía*, Cal y Arena, México, 2003.

**Capital social, vínculos y lazos**

Cuando en 1994 Robert Putnam echó a andar las mentes de los politólogos estadounidenses con el clásico *Making democracy work*, no era fácil prever que el concepto que utilizó como hilo conductor en la obra, el llamado “capital social”, daría tanto de qué hablar. La expresión es hoy un lugar común entre quienes se dedican al trabajo social o aquellos que buscan explicar qué distingue a un sistema efectivo de otro. Circula ya en inglés su nuevo libro, donde recupera el concepto de capital social y lo redefine en una nueva taxonomía: “bridging social capital” y “bonding social capital”. La diferencia estriba en la naturaleza de las relaciones entre los habitantes de una comunidad. En este nuevo trabajo aparecen conceptos como capital social de cohesión (lazos en el interior de grupos con ideologías comunes), capital social de vinculación (la relación entre grupos) y capital social de enlace (la integración de grupos con distintos niveles de poder). En su explicación del éxito de ciertos sistemas, Putnam sigue apostando a que las relaciones horizontales siguen siendo mucho más eficaz en crear mejores comunidades que la tradicional relación jerárquica de la Iglesia, el ejército e, incluso, la familia.

Robert Putnam y Lewis Feldstein, *Better together: Restoring the American community*, Simon&Schuster, 2003.